

# *La memoria señala el camino*

*Rodolfo Cardenal*

Una vez más nos reunimos esta noche del 15 de noviembre, tal como lo venimos haciendo desde hace trece años, para recordar a las víctimas de tantas injusticias. Lo hacemos con la persistencia de la viuda del evangelio que reclama justicia y no cesa de importunar hasta que la consigue. Esta noche, recordamos a todas las víctimas de la injusticia, las de ayer y las de hoy. No debemos permitir que nos arrebaten también su identidad y su memoria. Ellos hablan hoy de víctimas, pero sólo de aquellas que les interesan para sus campañas, para ocultar sus errores y fracasos y para infundir más miedo a la población. Antes nos dijeron que las olvidáramos, porque eran pasado y luego, porque eran inconvenientes para el avance democrático, y ahora ellos se muestran interesados en las víctimas, pero sólo se ocupan de algunas de ellas y reclaman justicia sólo para ellas. Nosotros, en cambio, las recordamos a todas, a las del pandillero desquiciado y a las de El Mozote, a las de los escuadrones de la muerte y a las del asesino a sueldo, a las del ejército y los cuerpos de seguridad y a las del crimen organizado. Y para todas ellas pedimos justicia.

Porque somos testigos de la furia devastadora de la violencia que fue descargada contra ellas y porque hemos sufrido en carne propia su humillación, porque, además, entre ellas están nuestros familiares y nuestras amistades y nuestros conocidos, porque entre ellas están nuestros mártires más queridos y podemos hoy también, desde nuestro dolor, identificarnos con la madre del niño o del joven asesinado por un pandillero y con el silencio adolorido de la madre de la pandillera también asesinada. Así como también con el dolor de los familiares del desaparecido y del ajusticiado sumariamente. Nosotros no hemos descubierto el sufrimiento de la injusticia recientemente. Como parte de este pueblo, la injusticia nos duele desde hace mucho tiempo.

No permitamos, pues, que irrespeten el dolor de los familiares y las amistades de las víctimas de hoy, ni que profanen la memoria de las víctimas de ayer y de anteayer, y mucho menos la de los mártires. No permitamos que nos arrebatan la memoria de nuestros mártires.

La lectura del libro del Éxodo (3, 7-10) nos recuerda que la opresión y el sufrimiento que ésta causa no son para siempre, porque Dios oye el clamor de su pueblo, Dios ve su opresión y se fija en su sufrimiento. Pero no sólo oye, ve y se fija, sino que también actúa. Manda enviados con una misión: advertir al pecador de su pecado, llamarlo a la conversión y anunciar el reinado de Dios. Es una misión difícil y sobre todo arriesgada, porque el pecador se resiste y conspira para quitar de en medio al enviado y así silenciarlo. Pese al peligro, éste persiste en cumplir con su misión, porque sabe que Dios es su auxilio y que Él lo sostiene. Por eso, Dios es bueno. No abandona en los momentos de peligro, ni olvida la injusticia. Y cuando los asesinos se felicitan, porque piensan que han acabado con el enviado y su misión, Dios lo levanta de la muerte, avala su misión y su triunfo se hace evidente.

Esta es la historia de los profetas del Antiguo Testamento, es la historia de Jesús y de sus seguidores más leales, los mártires como Mons. Romero, los jesuitas de esta universidad, Elba y Celina y tantos otros y tantas otras que vienen a nuestra memoria. Ellos y ellas ya van delante de nosotros y nos dan ánimo para perseverar y como Jesús a las mujeres, en aquella madrugada, del primer día de la semana de los nuevos tiempos, nos invitan a no tener miedo, a recorrer de nuevo el camino del anuncio del reinado de Dios.

Así, pues, no tengamos miedo a la opresión que Dios rechaza, no tengamos miedo a recuperar nuestra voz para hablar con libertad, pero también con verdad para reclamar la justicia negada, no tengamos miedo a la luz que los mártires del pueblo salvadoreño irradian. A ellos debemos escuchar. El que espera un hecho milagroso para abandonar su pecado, no se convertirá, aun cuando se le aparezca un muerto. Los mártires son los enviados preferidos de Dios, fueron sus servidores leales, tal como lo muestra su aguante a tantas contradicciones y persecuciones. Ellos nos han transmitido la palabra de Dios, su condena de la opresión y su rechazo al sufrimiento injusto, su invitación a convertirnos a su reino y a formar parte de su pueblo. Ellos, con su fortaleza en medio de la adversidad, nos han hecho presente la fuerza de Dios.

Por eso, no debemos olvidarlos, no los hemos olvidado y ojalá nunca los olvidemos. Por eso, su martirio nos duele y su humillación nos indigna. Pero también debemos sentirnos sanamente orgullosos, porque Dios oyó nuestros clamores y los envió. Porque tal vez fueron parte de nuestra vida personal y porque, de todas maneras, son parte de nuestra historia. Es la mejor parte de la historia salvadoreña. Por eso, al mismo tiempo que los añoramos, nos sentimos en paz y estamos alegres. Por eso, esta vigila también es recuerdo agradecido y fiesta. Agradecimiento por su entrega y su testimonio incondicional. Agradeci-

miento por hacernos presente a Dios, en medio de nuestra historia. Y fiesta por su triunfo en la adversidad y la muerte. No es un triunfo vacío, sino el triunfo definitivo de la vida sobre la muerte injusta. Dios los ha levantado de ella para vergüenza y confusión de sus asesinos, y para alegría nuestra.

Los mártires nos señalan el camino para la humanización y el seguimiento de Jesús. En ellos encontramos un gran ejemplo de generosidad y hermandad, pues no se guardaron nada para sí, antes bien se entregaron a este pueblo empobrecido, caído y maltrecho, tirado a la orilla del camino por quienes lo han desvalijado desde siempre. Ellos se detuvieron y sirvieron a este pueblo sin condiciones, sin guardarse nada para sí. Tal como dice Pablo de sí mismo (2Cor 6, 3-10), en la segunda lectura, no dieron de lo que les sobraba, sino que se dieron a sí mismos. Por servir al pobre y al desvalido, sufrieron tribulaciones, pasaron necesidades, padecieron angustias y experimentaron cansancios, desvelos y ayunos. Aún así se esforzaron por ser constantes, pacientes y prudentes. Si a alguno dieron motivo de escándalo, fue por fidelidad a la misión recibida. Paradójicamente, cuando dijeron la verdad, los consideraron impostores; eran de sobra conocidos, pero ellos los desconocieron; aunque siempre han estado vivos, los consideran muertos; no se les encontró falta, pero los descalificaron como réprobos; siempre estuvieron alegres, pero para ellos estaban afligidos y tristes; enriquecieron a muchos, pero los despreciaron, porque los vieron pobres; aunque lo poseen todo, los olvidan como si fueran poca cosa. No hay, pues, que salir fuera a buscar vidas de mujeres y hombres cabales o anécdotas para ilustrar los valores que nos humanizan. Quienes así proceden, no toleran a los mártires. No pueden mirarlos de frente, porque son cómplices del orden que los rechazó y los condenó a muerte. No pueden



admirarlos, porque su luz iluminaría aquella dimensión más oscura de su propia realidad.

Es justo y necesario recordar el testimonio de los mártires y conmemorarlos. Ellos y ellas son un fundamento sólido para construir una nueva identidad colectiva e individual, que deje atrás a esta sociedad que se deshace a sí misma por causa de la violencia, las drogas y el abandono. En su testimonio encontramos recursos para animarnos a construir una sociedad más humana, basada en el trabajo y no en la riqueza, el lucro y la diversión, una sociedad solidaria y no egoísta. En los mártires encontramos aquellos valores fundamentales que hacen de los seres humanos realidades cabales y nuevas, humanas y cristianas. Nuestra posibilidad de humanización está en volvernos hacia los mártires, en dejarnos iluminar por ellos y en aceptar su desafío. Al igual que el mensajero del primer día de la semana de pascua dijo a las mujeres que volvieran a recorrer el camino de Jesús (Mt 28, 1-10), ellos también nos invitan hoy a recorrer ese mismo camino. Por eso, esta reunión es muy importante y la fiesta no debiera llevarnos a olvidar el hecho fundamental que nos ha convocado esta noche. Olvidarlo o tomarlo como un hecho trivial es renunciar a la memoria, a nuestra memoria de resistencia y promesa, y es abrir la puerta para que ellos escriban nuestra historia por nosotros.

---

Los mártires nos señalan el camino para la humanización y el seguimiento de Jesús. En ellos encontramos un gran ejemplo de generosidad y hermandad, pues no se guardaron nada para sí, antes bien se entregaron a este pueblo empobrecido, caído y maltrecho, tirado a la orilla del camino por quienes lo han desvalijado desde siempre.

---

La conmemoración de esta noche, es decir, el hacer memoria de los hechos ocurridos en ella y de tantos otros hechos similares, restaura el sentido violentado de la justicia. La justicia es el fundamento de la paz social e individual. Un orden social donde la humanidad pueda realizarse como tal, donde su dignidad sea respetada, sus aspiraciones legítimas satisfechas, su acceso a la verdad reconocido y su libertad personal garantizada (Medellín, *Paz*). Ayer y como hoy, el problema radical, tal como lo enunció Ignacio Ellacuría, es la lucha de la vida contra la muerte. Es la lucha por pasar de unas condiciones inhumanas de vida a otras humanas. Esta es una celebración de esa vida y quisiera ser también un compromiso para defenderla y para conseguir que predomine sobre la muerte. Al hacer memoria de los gestos de la entrega de Jesús también hacemos memoria de todos sus mártires, algunos de los cuales son nuestros, son salvadoreños y salvadoreñas. Que la presencia de Jesús y de sus mártires en medio de nosotros nos den valor y fuerza para recorrer su camino. Así sea.

San Salvador, 15 de noviembre de 2003.